

## CAPÍTULO XVI.

### ÚLTIMA PALABRA.

He concluido este penoso trabajo: penoso, pero no ingrato; tan penoso para la razon, como fecundo para la fé que resalta patente y brillante de toda la miseria intelectual y moral de la incredulidad.

La incredulidad quedará herida profundamente con la tentativa de M. Renan y con todas las ventajas que de ésta hemos recogido contra aquella.

Para en adelante se halla enterrado su pasado, y comprometido su porvenir.

La *Vida de Jesus* inaugura una era enteramente nueva para la polémica cristiana.

Hasta el día necesitaba la incredulidad quedar convicta de sin razon; era preciso discutirla, perseguirla, cogerla en los mil sofismas y fingidas fugas conque se evadía, otro tanto como se dejaba ver en las evoluciones que efectuaba al rededor de la verdad que se le esponía.

Hoy es ella la que espona. Se ha hecho por primera vez, como dijimos al principiar, explicativa y positiva. Se arriesga á atacar el hecho cristiano y á dar su solucion crítica; y viene á presentarnos la alternativa de la solucion cristiana; lo que hay que admitir para no creer.

Este partido andaz no ha sido facultativo, y M. Renan no debe ser responsable de él entre los suyos puesto que no ha hecho mas que interpretar una situacion comun á la incredulidad entera. Ha sido un partido desesperado, pero requerido por esta situacion. La incredulidad la ha evitado en cuanto ha podido; pero habia sido rechazada tantas veces con pérdida en sus asaltos; arrojada de tal suerte de sus posiciones por los trabajos científicos que suscitó su crítica, que no le quedaba mas que sentenciarse ella misma por medio de sus confesiones, y no que-

riendo rendirse, le obligaba su apuro á dar esplicaciones que no estaba en su mano elegir.

No es, pues, la obra de M. Renan sino la incredulidad contemporánea lo que hemos examinado en ella, pues por solo M. Renan no hubiéramos salido de nuestra estudiosa reserva. No gustamos de la polémica, y nos hallamos separados por sobradas circunstancias del autor de la *Vida de Jesus* para que hubiéramos pensado nunca en ocuparnos de él. Ha sido, pues, preciso que su obra tomara las proporciones de una causa general para mover nuestro celo.

En nada se refieren á la persona los resultados que hemos obtenido; los hemos obtenido para la Fe cristiana, como despojos ópimos de la incredulidad.

No los resumimos por ser sebrado numerosos y evidentes. No hay un solo ataque de la incredulidad que no se haya vuelto en favor de la fe. El lector tiene presente en su memoria cada una de estas ventajas, sobrado singulares para no haber llamado su atencion. Preferimos, pues, dejarle con esta viva impresion, limitándonos á esponer el resultado mas general y mas demostrativo de esta gran polémica.

No hay efecto sin causa, ni por consiguiente causa que no sea proporcionada al efecto.

El mismo M. Renan ha establecido este fundamento de toda lógica en estos términos: "Los hechos deben explicarse por causas proporcionadas á ellos. Las grandes cosas tienen siempre grandes causas."<sup>1</sup>

He aquí, pues, un principio cierto, que en el naufragio general del sentido comun sobrenada aún en la superficie sin que podamos cogerlo.

Pero nos basta absolutamente para concluir ó deducir, que JESUCRISTO es Dios.

La causa explica el efecto, el efecto prueba la causa.

"Dios explica el mundo y el mundo lo prueba," ha dicho exactamente Rivarol.

Estas bellas palabras pueden aplicarse á JESUCRISTO con relacion á la humanidad.

Si ha venido á reconocer la incredulidad, obligada por la conciencia universal, que JESUCRISTO explica la humanidad, se verá empeñada á reconocer, bajo pena de flagrante sin razon, que la

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 267.

humanidad prueba á JESUCRISTO en la misma medida ó proporcion que JESUCRISTO esplica á la humanidad.

Pues bien, la incredulidad confiesa y proclama á la cabeza de la *Vida de Jesus*, que es *incomprensible toda la historia sin Jesus*, y no hay página de este libro que no presente el efecto producido por JESUCRISTO como incomparable, ilimitado, afectando á toda la humanidad pasada, presente y futura; mas aún, siendo de naturaleza propia para afectar toda la existencia intelectual y moral, no tan solo de este mundo, sino de todos los mundos: adecuado, en fin, á lo *absoluto*.

De aquí deduzco, que el autor de este efecto es superior á la humanidad de todos los tiempos, á las inteligencias de todos los mundos, y que no tiene otra medida que lo inmensurable, lo infinito, lo absoluto; lo que llamamos Dios.

Esta deducción es tanto mas inevitable, cuanto que no se halla agotado en su obra JESUCRISTO, que ha quedado como un principio inagotable de renacimiento moral, como dice M. Renan; y que lejos de ser aquí el efecto mayor que la causa, como dice M. Scherer, y el *Cristianismo mas considerable que su autor, es lo contrario lo cierto*.<sup>1</sup>

Así, pues, JESUCRISTO es por lo menos lo que es su obra. La verdad divina que se ha difundido de él por el mundo, vuelve á subir en prueba del mundo á él, como brota el agua á la altura de su manantial revelando esta altura. "El agua que yo daré, ha dicho él mismo, será una fuente de agua que resalte hasta la vida eterna." ¿Por qué hasta la vida eterna? Necesariamente porque desciende de ella, porque es Jesucristo esta vida eterna que sale del seno del Padre y que nos eleva á su posesion.

Las matemáticas no contienen nada mas exacto.

Yerra, pues, el incrédulo cuando refiere la causa de este efecto universal, absoluto, divino á un simple mortal que por grande que sea no podrá ser mas que un ser tan miserable y flaco como el hombre.

Desatina cuando lo refiere á un hombre que no siendo lo que él ha dicho ser, Dios, y habiendo seducido al mundo con falaces prestigios, hubiera sido mas miserable en la miserable humanidad, ignorante, falso, bellaco, extravagante.

Divaga ó se pierde en conjeturas cuando lo refiere á un hombre, que, al mismo tiempo que habria elevado la humanidad en

<sup>1</sup> Periódico *El Tiempo* del 7 de Julio de 1863.

el efecto, la habria degradado en el medio y en la causa, hasta no poder disculparse de ello sino inculpando á la humanidad entera de mentira y de locura.

Es insensato cuando da así por causa á la luz las tinieblas, á la civilizacion la ignorancia, á la verdad la mentira, á la sabiduría la sin razon, á la moralidad la iniquidad; cuando llega á decir que Jesus ha quedado para la humanidad como un principio inagotable de renacimiento moral, por haber sido menos honrado que Marco Aurelio.

Atenta contra la razon, hasta abogar por la locura, y atenta contra la conciencia hasta abogar por el deshonor.

He aquí el residuo de la incredulidad en el siglo diez y nueve. He aquí lo que es preciso admitir para no creer en la divinidad de JESUCRISTO: he aquí, en su consecuencia, la prueba vengadora, la prueba formidable de esta divinidad, cuya negacion lleva consigo la de la razon y de la conciencia.

En ella se quiere negar á la Divinidad misma; y recíprocamente, negando la Divinidad misma, se niega la divinidad de JESUCRISTO.

Ya hemos visto que la negacion dogmática de lo sobrenatural es la negacion de Dios en principio, y la negacion evangélica de JESUCRISTO es la negacion de Dios en hecho.

Y por la negacion de Dios en principio es como se llega á la negacion de Dios en hecho, así como por la negacion de Dios en hecho se quiere asegurar la negacion de Dios en principio.

Ateísmo, tal es, pues, la última palabra, el término á donde va á parar la incredulidad contemporánea, despues de haber hollado con sus piés la conciencia y la razon. He aquí el vacío, el abismo abierto por la negacion de la divinidad de JESUCRISTO.

Así pues, si hay una conciencia, si hay una razon, si hay un Dios, JESUCRISTO es Dios; dependiendo solidariamente de esta creencia todo el orden racional y moral, así como el orden sobrenatural.

He aquí el conjunto ó la suma del resultado que da la *Vida de Jesus*; he aquí el saldo, ó mas bien, el déficit de la incredulidad contemporánea.

Y ahora, mis amados lectores, antes de despedirme de vosotros, y usando de esta especie de intimidad, que ha debido formarse entre nosotros en el curso de esta obra, y sobre todo de la caridad y de la fe que me la han inspirado, permitidme que

os pregunte, cuál será para vosotros el resultado de este trabajo comun de demostracion y de reflexion que hemos hecho juntos.

¿Será solo el vano interés de una pelémica, cuyo juez seáis despues de haber sido su espectador, ó á lo mas, la conclusion lógica y fria de que JESUCRISTO es Dios, que la misma incredulidad lo demuestra y que es verdad el Cristianismo, sin otra consecuencia que asentir á ello vuestra inteligencia?

O bien, ¿será una ocasion solemne para tomar un partido respecto de esta gran verdad que no es nada, si no es activa, si no afecta al alma entera, rigiendo todo su destino?

En cuanto á mi, yo no soy mas que un hombre, y solo he podido daros razones. No he podido hacer mas que mostraros á Jesucristo, y sin embargo, debe hacerse mas. No puede ser que siendo Jesucristo Dios, y demostrándoseos asi, sea estéril esta conviccion. Entre ella y la fe hay un espacio reservado á la buena voluntad del hombre y á la gracia de Dios, en el que no puedo dejaros á vosotros mismos. Desde este instante teneis pues la obligacion lógica, moral, de ir á JESUCRISTO pidiéndole que venga á vosotros. Porque como vino para todos, viene para cada uno; como hubo una revelacion general para todo el género humano, hay una revelacion particular para cada alma. Esta revelacion particular es la fe: la fe que es Dios sensible al alma, hablando al alma: su voz, su vida, su gracia en nosotros; él mismo, en fin, viniendo á sentarse al hogar, á la mesa de nuestro corazon para ser su vigor y su alimento, para revelarse allí por un encanto tan vivificador que se absorbe en él la misma fe, y que toda demostracion llega á ser no solamente inútil sino importuna, comparada con esta íntima manifestacion.

Esperimentad este don de Dios, y en breve me direis, en el arrobamiento de su posesion, lo que dijeron aquellos habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, á la Samaritana que se lo habia anunciado: "Creemos en él, no ya por tu relacion sino porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que verdaderamente es este el SALVADOR DEL MUNDO."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> San Juan, IV, 42.

FIN.

## NOTAS É ILUSTRACIONES.

Página 4 línea 12. Se nos ha presentado á su autor como un filólogo consumado, como un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siríaco, dotado de tanta poesia como saber y fuerza.

Siendo una de las causas que han granjeado mayor autoridad y prestigio á M. Renan los vastos y profundos conocimientos que se le atribuyen en las lenguas orientales, en la ciencia bíblica y en la arqueología, por la circunstancia de haberle confiado el gobierno francés una mision científica á la Fenicia, y creado para él posteriormente una cátedra de filología comparada; suponiéndose en su consecuencia ser las interpretaciones erróneas, violentas, y á veces contrarias, que hace de los textos originales de los libros sagrados este escritor mas exactas y profundas que las que se leen en las versiones autorizadas que conocemos, juzgamos de suma importancia hacer algunas indicaciones sobre lo mucho que ignora M. Renan acerca de aquellas materias.

Sin detenernos á esponer la sesion celebrada en julio de 1863 en el Instituto de Francia, en la que puso M. Jomard en evidencia públicamente esta ignorancia de M. Renan, segun puede leerse en los periódicos de aquella época; ni lo que han escrito el judío M. Franck y el rabino M. Drack acerca de los escasos conocimientos de aquel escritor en Sagrada Escritura, remitiremos á nuestros lectores al folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus, de M. Renan*, en que se demuestra haber confundido este autor la prediccion de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, por no haber comprendido los textos originales (pág. 122 y 123) y en que se prueba (pág. 110) que no sabe citar el Talmud, puesto que en vez de indicar el tratado y el folio, remitiendo por ejemplo al tratado *Berakoth*, folio XIII vuelto, cita *Berakoth*, IX, sub. fin. [Véase la VIDA DE JESUS de M. Renan, pág. 328.] Remitiremos asimismo al lector, á la segunda pastoral del obispo de Nimes, en que se consigna, pág. 105, el error en que incurre M. Renan, al sentar que Zaqueo era natural de Jericó, y que esta ciudad no estaba en Galilea, y finalmente, citaremos el notabilísimo artículo del R. P. Tou-